

## **ECONOMIA MUNDIAL: VIEJAS SOLUCIONES, NUEVOS PROBLEMAS**

David Ibarra  
17 de julio de 2003

En 2001, la economía mundial cayó en depresión, después de varios años de intensa prosperidad. Los principales países desarrollados experimentaron recesos que, con pocas excepciones, afectaron al grueso de las naciones periféricas. Con peligrosa sincronía las economías del Primer Mundo vieron reducir su tasa media de crecimiento del 3.8% en 2000 a 0.9% en 2001.

El contagio depresivo rápidamente se extendió a las zonas en desarrollo. Los nexos de interdependencia-dependencia de la globalización se expresaron en contracción del comercio, deterioro de los precios de los productos primarios y reducción de los flujos de financiamiento al desarrollo. Las exportaciones de bienes de la periferia de una tasa de expansión enorme 25% (2000), decrecen 3.2% en 2001 y los términos de intercambio caen 3%.

De su lado, el financiamiento externo al desarrollo sea de fuentes privadas o públicas, préstamos o inversión extranjera directa y de cartera, cayó 10% a pesar del espectacular aumento del crédito del Fondo Monetario Internacional a los países en crisis.

América Latina resultó particularmente afectada en el bienio 2000-2001. Baste señalar que el ritmo de ascenso del producto se desploma del 4% al 0.6%, que la tasa de crecimiento de las exportaciones se torna negativa en 3.4%, la que resalta frente al crecimiento del año anterior (19.6%), y que el financiamiento foráneo se reduce de 81 a 33 miles de millones de dólares.

En 2002 la economía mundial inició, no sin dificultades, una recuperación lenta. El crecimiento resultó escaso y frágil; el empleo quedó estancado; el comercio internacional fue desigual o bajo; las presiones sobre los precios se abaten, pero se deterioran las cuentas públicas de numerosas economías.

Durante 2003, se espera alguna mejoría, pero el aliento y alcances de la recuperación mundial sigue siendo incierta. Ya la Reserva Federal redujo la proyección del crecimiento del año en curso de 3.25% a 2.50%. Hay exceso de capacidad productiva, sobre todo en los países avanzados que se manifiesta en pérdida de valor de los activos de las empresas. Ese mismo fenómeno incide en deprimir la inversión, esto es, el crecimiento de la demanda mundial y en bajar los precios de muchas mercancías y servicios. A lo anterior se suma la consolidación casi completa de las redes de las empresas transnacionales que alentó --y hoy desalienta-- los enormes flujos transnacionales que financiaron fusiones y adquisiciones de empresas en la década de los noventa.

La suerte de muchos países, particularmente los latinoamericanos, depende en alto grado de la economía norteamericana. Por eso, preocupa que estén lejos de corregirse los substanciales desequilibrios del actual orden económico internacional. Los desajustes en la cuenta corriente de la economía norteamericana fluctúan anualmente entre 400 y 500 mil millones de dólares, es decir, son insostenibles a mediano y largo plazos. Ya toma cuerpo el alineamiento de paridades entre las grandes economías, pero el proceso de normalización está lejos de alcanzarse e inevitablemente tendrán repercusiones depresivas entre muchos de los grandes exportadores a los Estados Unidos.

Al receso norteamericano de 2001 ha seguido una recuperación si se quiere moderada o lenta, pero sostenida. En 2002, esa economía creció 2.4% y 1.9% en el primer trimestre del año en curso. Y, sin embargo, en ese último trimestre se perdieron

alrededor de medio millón de empleos, mientras los salarios bajaban o quedaban estancados. Como señala Greenspan, Director de la Reserva Federal, la volatilidad macroeconómica se ha reducido, pero ha creado inseguridad microeconómica en el trabajo y en las empresas. Medido en costos humanos, acaso se haya llevado demasiado lejos la destrucción creativa (Schumpeteriana) que acompaña a la intensificación de la competencia y a la lucha a ultranza por la eficiencia.

Por lo demás, ganada la batalla contra la inflación, comienzan a perfilarse los problemas de la deflación, ante los cuales la experiencia reciente y los instrumentos de política resultan pobres o inexistentes. En los países industrializados, la política monetaria --principal instrumento del manejo macroeconómico actual-- vía la reducción de las tasas de interés y el aumento de la liquidez financiera, resulta cada vez menos apta para devolver el auge a las economías. Los consumidores restringen o difieren su gasto frente a la mayor inseguridad personal y frente a la expectativa de bajas subsecuentes en los precios. Al propio tiempo, subsisten temores asociados al terrorismo, la corrupción corporativa o al tráfico de drogas que abaten la certidumbre de los negocios, segregan a regiones enteras del intercambio y estorban, en suma, el proceso de recuperación de la economía mundial.

En consecuencia, la política económica del Primer Mundo encara dilemas de nueva estirpe con respecto al período que media entre la terminación de la Segunda Guerra Mundial y nuestros días: ¿Cómo combatir y con qué instrumentos las consecuencias de la deflación?, ¿cómo equilibrar las tensiones entre eficiencia y equidad, es decir, cómo satisfacer las promesas democráticas de la justicia social y la seguridad individual?, ¿qué hacer a escala internacional?.

En los países en desarrollo los mismos problemas están presentes y se añaden otros igualmente difíciles. En México, por ejemplo, la adaptación a la globalización lleva dos décadas de producir un crecimiento insatisfactorio, mientras se difunde el desencanto

popular por la inseguridad y la pobreza que agobian al 50% de la población. La dependencia externa se intensifica, mientras se pierde la capacidad estatal y social de hacer realidad el crecimiento interno.

La interdependencia económica entre naciones, fuerza a descubrir nuevos campos de acción y reconocer la necesidad de establecer mecanismos sistemáticos de coordinación de las políticas al menos entre las principales potencias mundiales. De otra suerte, hay riesgo de sufrir descalabros de alcance planetario, como ha estado a punto de ocurrir varias veces en los últimos años. Al propio tiempo, habría que compensar la cesión de soberanía económica de los países del Tercer Mundo, con normas y apoyos que les faciliten prudentemente usar medidas desarrollistas o de carácter anticíclico.

Con realismo, sin embargo, cabría concluir que esos últimos planteamientos siendo razonables, difícilmente se llevarían pronto a la práctica. Como se observó en el seno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, hay resistencias a ordenar al mundo conforme a normas multilaterales compartidas que limiten el espacio de decisiones, el unilateralismo, de los actores de mayor peso en la geopolítica internacional.